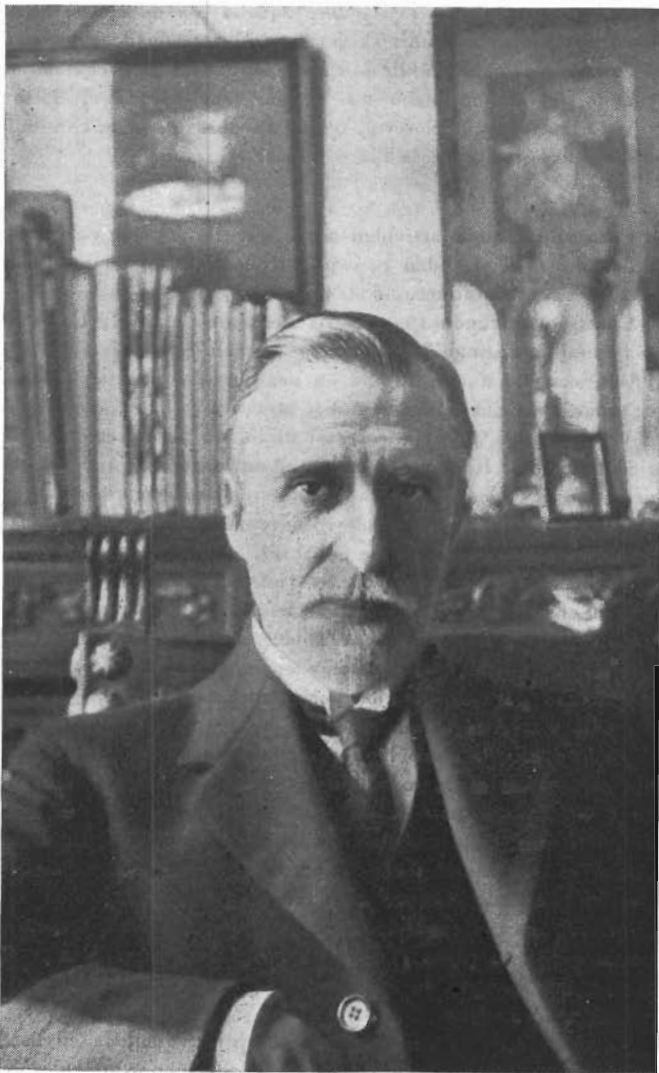


Pedagogos contemporáneos

Don Rufino Blanco Sánchez

Algunas notas biográficas



Es Mantiel un municipio insignificante de la provincia de Guadalajara, diócesis de Cuenca, y partido judicial de Cifuentes, del que se halla separado dieciocho kilómetros. Situado en terreno quebrado y abrupto, domina algunos valles cerca del

río Tajo, cuajados de sembrados, que fortalecidos por el agua y acariciados por el sol, se convierten en rica espiga.

En este ambiente tranquilo, lleno de paz, en este rincón castellano vió la primer alba, el 16 de noviembre de 1861 un niño que había de ser después un hombre sencillo, atrayente, ecuaníme, de corazón prócer y alma grande, figura destacadísima de la España auténtica, cuya memoria queremos honrar desde estas páginas, rindiendo con ello una parte del cordial homenaje que en justicia le debemos todos los que trabajamos en el campo de la Enseñanza.

El nacimiento de este niño vino a estrechar más la unión de unos padres venturosos, Julián y Baltasara, que concentraron su amor en el único hijo que les concediera el cielo.

Poco tiempo meció su cuna aquel abrupto terreno, propicio a la meditación. La familia se trasladó a Cobeja, en la Sagra, de donde era natural su madre, que acostumbrada a esta amplia llanura, no podía vivir entre aquellas montañas de Montiel y a veces le arrancaban esta exclamación nublada con alguna lágrima: «Estas montañas me ahogan».

Don Rufino guardaba muy gratos recuerdos de su infancia en aquellos lugares; muchas veces llevó a sus hijos, como si quisiera hacer renacer ante ellos aquella etapa de su vida.

Tendría dos años, cuando don Tiburcio, sacerdote de Cobeja, le inició en las primeras letras, fué el que más tarde le enseñó el latín y a ser su ayudante en el Santo Sacrificio de la Misa.

¡Cuántas veces hablaba del maestro, llamándole su mentor!

Su infancia y adolescencia transcurrió en la aldea, pero ya muchacho comprendió que sus anhelos necesitaban campo más amplio para desenvolverse y a los veinte años se trasladaba a Madrid con sus padres.

Consigue hacerse maestro; para ello tuvo que ayudarse con clases, dada la modesta posición de sus progenitores.

El año 1883 terminó su carrera en la Escuela Normal Central de Madrid. Ya estaba en posesión de un título, pero era necesario trabajar para seguir adelante.

Había en aquel entonces un colegio en la calle del Desengaño, el «Colegio de Jesús», uno de los más acreditados; el Director debía ser profundo psicólogo, ya que le abrió las puertas de par en par en cuanto le conoció.

Discípulos de él fueron en aquel colegio el Vizconde de Eza; el padre de los hermanos Miralles; Gullón, García Prieto, Rodrigo Soriano, etc.

Logró por oposición una plaza en la Escuela Modelo Municipal de Madrid y cinco años más tarde, también por oposición, consiguió la de Regente de la Escuela Práctica, aneja a la Normal Central en la capital de España.

No se conformaba con esto, sintió ansias por elevar su cultura profesional, quiso superar el nivel escolar y el año 1889 obtuvo el título de Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Su deseo era enseñar, con la más alta técnica pedagógica.

Estos estudios no fueron obstáculo para no abandonar durante toda su vida la misión del maestro de escuela. La escuela fué siempre el ideal de su vida, muchas frases suyas nos lo recuerdan: «...aprendiendo o enseñando, decía, yo no he salido nunca de la Escuela primaria...» Y aquella otra con que empieza su magistral discurso en el acto solemne de su recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas: «...yo no soy más que un pobre maestro de escuela».

Creada la Escuela Superior del Magisterio en 1909, cuyo fin era la formación universitaria del personal de la enseñanza primaria, es nombrado don Rufino para la cátedra, primero de Lengua y Literatura, después para la de Pedagogía fundamental; las dos orientaciones predilectas de su vida: *el bien decir* y *el bien hacer*.

Esta cátedra la desempeñó desde 1910 hasta 1931, fecha de su jubilación y fecha también de la supresión de dicha escuela, que fué incorporada en sus funciones a la nueva sección de Pedagogía, creada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid.

Don Rufino Blanco fué para esta Escuela como una cuña puesta por Dios para sostener aquel edificio, que nacía desviado de la línea recta de la fe y que acaso se hubiera derrumbado dado lo movedizo de sus muros fabricados con materias laizantes.

Nació la Escuela con él y con él muere.

Su vida profesional en este ciclo, diríase que fué un símbolo de lo que debe ser todo maestro; el hombre que ha de superarse constantemente, y alerta vigía que defiende los intereses del amo de las únicas tierras que merecen ser defendidas...

Sonó la hora de la ley implacable de la jubilación. En estas horas amargas para todo espíritu activo y luchador, tuvo el lenitivo de ver traslucido en obras el sentimiento de todos, que consideraban privada a la enseñanza, en momentos en que tanto lo necesitaba, de un elemento de autoridad y prestigio para la verdadera cultura, religiosa, moral, pedagógica. La enseñanza pública perdía un colaborador activo y un maestro selecto. El, como todas sus horas eran de Dios, lo recibió con aquella paz del que se arrulla en sus brazos, y supo sacar estímulo de aquel trance acibarado, para orientar su vida hacia actividades que en aquellos momentos recababan una renovación profunda. De esta fecha data la organización de «Cruzados de la Enseñanza», que había de figurar en vanguardia en las filas de la Escuela católica.

Sus discípulos y compañeros quisieron rendir homenaje a la fecha del 16 de noviembre de 1931, en que se firmó el decreto de jubilación. La humildad del maestro inutilizaba todo proyecto, pero había en su vida una realidad que el maestro no podía limitar y era su actuación durante tantos años de vida profesional y sus obras, destacando entre ellas su gran tarea

bibliográfica, obra que le ha dado renombre universal. Acor-daron hacer una tirada especial de su «*Bibliografía pedagógica del siglo XX*», a cargo de discípulos, compañeros y amigos y enviar ejemplares a la Escuelas graduadas de las Normales, a las mismas Escuelas Normales, Inspecciones de primera Enseñanza, Institutos y Universidades, Seminarios, etc., como obsequio y recuerdo de aquel hombre que tanto había trabajado por la Pedagogía nacional.

Todos simpatizaron con esta idea, adhiriéndose a ella y contribuyendo al éxito de la empresa. Llovieron cartas y telegramas de todas las clases sociales, desde las altas jerarquías de la Iglesia, hasta los más humildes y de los lugares más apartados; todas ellas efusivas, sinceras, de acción de gracias a su labor meritísima y en todas era común el sentimiento por aquella amputación profesional de elemento tan apto, para bregar sin miedo al naufragio, ante aquella ola de ateísmo que avanzaba y quería hundir su garra en el corazón de España.

Gracias a Dios, la jubilación no es obstáculo para el trabajo, cuando se está en pleno uso de sus facultades y el doctor Blanco, en libros, periódicos, discursos, obras de celo, continuó trabajando, siempre a la luz del ideal cristiano.

¿SU VIDA INTIMA?

Persona de tanta actividad tenía que llevar una vida muy ordenada, sólo el orden es capaz de centuplicar las limitadas fuerzas de la naturaleza humana.

Contrajo matrimonio con María Pérez de Camino y Garmendia, familia distinguida de Selaya (Santander). Huérfana muy joven, conoció a don Rufino en ocasión en que éste actuaba en unas oposiciones. Distinguida, atractiva y bella, cautivó al novel pedagogo, que fué correspondido, no permitiendo la seriedad de don Rufino entretener el noviazgo más tiempo del necesario para darse cuenta de que podía formar un hogar cristiano; a los pocos meses recibieron la bendición nupcial en la destruída Parroquia de San Luis, el 16 de enero de 1889.

Es curioso anotar aquí, que ese mismo año obtuvo un premio de doscientas cincuenta pesetas, concedido a una cartilla para enseñar a leer y con este modesto óbolo fueron a Sevilla en viaje de novios, dos años más tarde.

Obligado por sus trabajos periodísticos se acostaba de dos y media a tres de la madrugada.

Venía a dormir cinco horas; se levantaba a las ocho y media para asistir al Santo Sacrificio de la Misa. Desde 1920, su alma sólidamente piadosa, se alimentaba a diario con el Pan de los fuertes. Este cotidiano convite eucarístico, fué sin duda alguna el que le dió fortaleza para resistir en la prueba. Sereno y resignado siempre ante cruces que esmaltaron su camino, en especial con relación a sus hijas, perdiendo repentinamente una en plena juventud y viendo gravemente enferma a otra, dió ejemplo de ser alma con voluntad por entero sometida a la de Dios.

No descuidaba la educación de sus hijos, asentada en base sólidamente cristiana, aprovechando cuantas oportunidades le proporcionaban los ratos que estaba junto a los suyos. En una ocasión, uno de sus hijos, después de comentar el escudo linajudo de su madre, se dirigió al padre; con cierto aire orgulloso y con ansias de más honores, le pregunta: «Bien, papá, esto es lo referente a mamá, y ¿cuáles son los escudos de tu

familia?» Aquella inteligencia privilegiada, amasada con la más fina pedagogía, no consentía desperdiciar ocasión tan propicia para dar una lección al rapazuelo, y con su serenidad acostumbrada contestó: «A todos los que salen de la Inclusa de León, les ponen Blanco». La mirada fija del educador, hizo bajar la vista del pequeño y entonces... explicó el origen virgen de su familia modesta de Andalucía (el abuelo era de Hinojosa del Duque). La lección surtió su efecto y todavía hoy la recuerdan sus hijos.

Su caridad exquisita alcanzaba a la servidumbre de su casa, que era considerada como sus propios hijos.

Seleccionó sus amistades y con certera puntería dió en el blanco de las almas cumbres. Intimamente enlazada su vida con la del P. Manjón, se estrecharon sus relaciones durante la temporada en que convivieron bajo el mismo techo en el edificio de la Escuela Modelo.

Diariamente ayudaba a decir Misa a don Andrés, en San Justo y Pastor; de esta honra participó algunas veces su hijo Ramón, hoy ingeniero, que recibió del gran pedagogo granadino el recuerdo de un misal (1). Tenía todas las obras de don Andrés autografiadas. Su amistad era estrechísima, no podía suceder de otro modo, eran dos almas gemelas que se encontraron trabajando en la misma viña y subyugados por la mirada penetrante del amo...

El marqués de Pidal y otro señor que presenciaban unas oposiciones en las que debió defender valientemente y con energía un tema de religión, se acercaron a él diciendo: «¿Quiere usted ser amigo nuestro?...» —Con mucho gusto—contestó—y lo fueron desde aquel momento. De esta manera iba cautivando las almas.

Su acendrada piedad merece capítulo aparte, pero no es posible dejar de consignar esta faceta fundamental de su vida. Miembro de las conferencias de San Vicente de Paúl trabajó en ellas activamente. Perteneció primero a la conferencia de San Vicente y Santa Isabel, quizá porque Maravillas no era parroquia todavía. Después, y durante veinte o treinta años, a la de Santa Cruz. Nunca dejó de cumplir esta sagrada obligación, donde llevaba a sus hijos, desde la temprana edad de siete años. Hizo muchos trabajos para las conferencias, siempre anónimos, pero sus minutas delatan la personalidad. Tomó parte activísima en la organización del XXII Congreso Eucarístico Internacional, que se celebró en junio de 1911, siendo secretario de la Subcomisión de Publicidad; Rafael Moreno Gil de Borja, fué el presidente de la Subcomisión de Viajes, y Pedro Alarcón, el hijo del novelista, actuó de secretario en la misma Subcomisión.

Devotísimo de la Santísima Virgen, lo demostró públicamente, cuando nombrado gobernador de Segovia, el 21 de septiembre del año 1929, ingresó en la Real Cofradía de Nuestra Señora de la Fuencisla, Patrona de la capital, venerada en el santuario de su nombre en pintoresco paraje, donde la leyenda sitúa el milagro de María del Salto.

Poseedor de varios idiomas, dominando especialmente el griego, rezaba en griego y leía el Evangelio en griego.

Artista, y como tal amante de la Naturaleza, comunicó este

(1) A la amabilidad de este hijo debemos la mayoría de estas notas.

amor a sus hijos. Obtuvo el premio en una exposición en que presentó un primoroso boceto de gallinero higiénico. Todavía le quedaba tiempo para arrancar a la guitarra trinos de su alma grande y soñadora.

Le tocó vivir momentos en que la barbarie llamaba a las puertas de España; irrumpió el aluvión, el progreso quedó en quiebra irremediable, zambullido en la charca de lo amoral y laico; era preciso sangre virgen y generosa para la purificación y el Señor la encontró... la encontró en la noble jerarquía de los espíritus como don Rufino Blanco, el Padre Poveda, don Isidro Almazán y tantos otros maestros de corazón y temple de acero; de acrisolada virtud, de exquisito patriotismo, que viendo a la Patria ultrajada, derrotada, abandonada; triste al contemplar muchos de sus hijos, le entregan el precioso tesoro de sus vidas. No olvidemos esta lección del maestro, la última lección ejemplar, que hemos de meditar y aprender, si no queremos ser responsables de la sangre de nuestros mártires.

No es posible encerrar en las estrechas líneas de un artículo las actividades múltiples de don Rufino, las apuntaremos y ya tendremos ocasión de desplegarlas. Su personalidad es harto conocida, su nombre no sólo en España sino en el extranjero es admirado y respetado como se merece. Su laboriosidad sin límites, sus profundos trabajos literario-pedagógicos, su intenso amor a la enseñanza, son admirados por cuantos se interesan de verdad por el resurgir de la amada Patria.

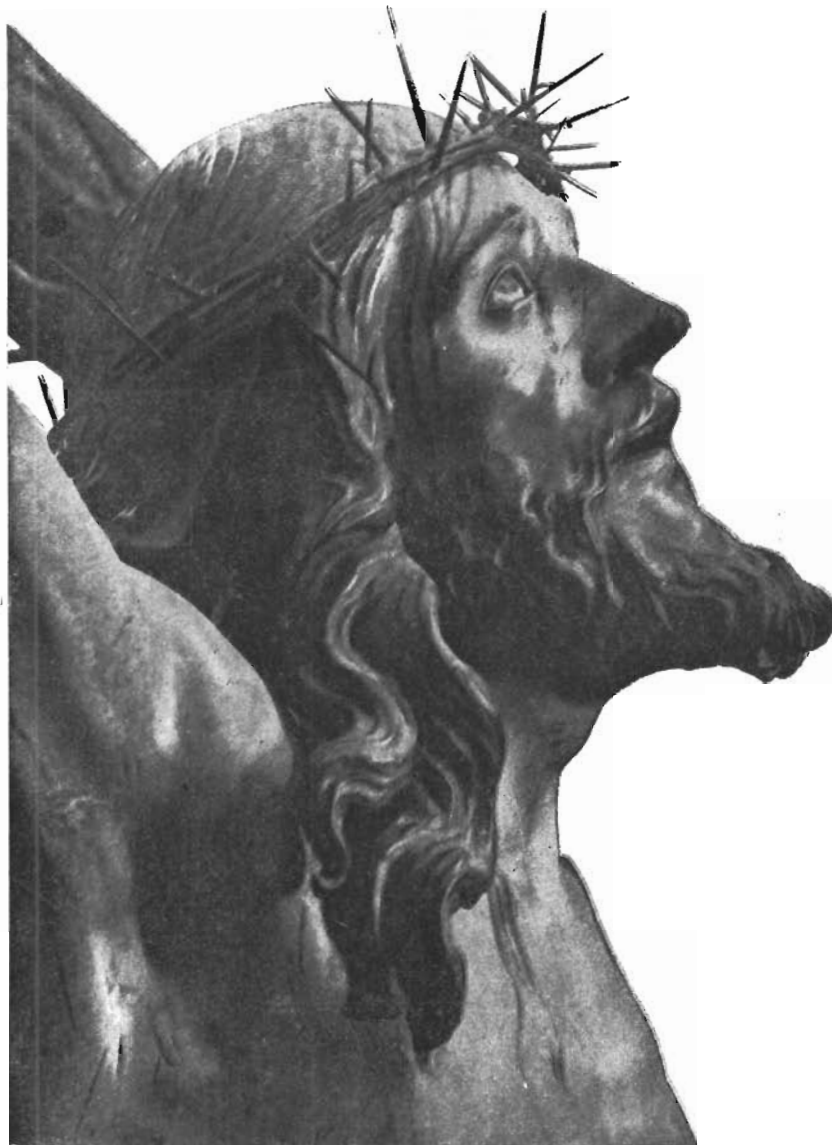
Discípulo de Menéndez Pelayo, honró al maestro. La orden de inventariar la ciencia española, dada por el gran corifeo de la hispanidad, fué acatada escrupulosamente por don Rufino en el terreno pedagógico, en el que destacó como autoridad internacional. Demostró que la primera escuela fundada al aire libre en 1903 en el extranjero, no fué una novedad, ya que en 1887 el P. Manjón había creado en Granada las Escuelas del Ave María con ese carácter. Fundó el Gabinete antropométrico en la Escuela Modelo Municipal de Madrid. Redactó el reglamento de escuelas graduadas a petición de Gamazo, implantando este tipo de escuela. Dió clases en la cárcel, como profesor de Criminología, durante la dictadura del general Primo de Rivera. Era un gran calígrafo e introdujo en España la caligrafía vertical. Al servicio de la escuela puso, no sólo el prestigio de su nombre, sino la eficacia de una acción constante y directora.

Actuó como vocal en la Junta Central de Primera enseñanza y también en la Junta contra el Analfabetismo; esto nos demuestra la confianza a la que se hacía acreedor. Tanto enalteció al Magisterio con su actuación noble e inteligente, que es profunda la huella bienhechora de su ejemplo y el fruto de su labor infatigable.

Consciente de la trascendencia y eficacia de la lectura de los periódicos, surgió su amor al periodismo, uno de los cauces de su energía.

Este es el hombre, el pedagogo insigne y mundial, escritor profundo, profesor constante, ferviente católico y amigo cariñoso, honra del Catolicismo y del Magisterio, cuyas obras prometemos estudiar y presentar más detalladamente desde estas mismas páginas.

MERCEDES CANTON



Sanfísimo Cristo de la Expiración (Cachorro)

Anónimo - Sevilla

«Y cerca de la hora nona exclamó
Jesús con una gran voz, diciendo:
¿ELI, ELI, LAMMA SABACTHANI?
Esto es; ¡Dios mío, Dios mío!,
¿Por qué me has desamparado?»

(Mt. 27, 46.)